

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 1

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

LA JUVENTUD EN LA OTRA RIBERA

No eran ruiseñores ni alondras, sino una pobre paloma otoñal que se espulgaba en el alféizar de la ventana. El doctor Plácido Huamán la vio desde la cama mover la ágil cabeza y enterrar el pico en su pechuga. Solange dormía a su lado, de perfil sobre el almohadón. La malla negra colgaba de una silla y en la pared la naturaleza muerta del pintor famélico recibía un dardo de luz que la recalentaba.

El doctor estiró un brazo hasta la mesa de noche para coger un cigarrillo. Mientras fumaba trató de recordar en orden los incidentes, los pequeños hechos que se habían ido encadenando en esos tres días hasta culminar en esa aventura que él inscribía ya, decididamente, en las páginas de oro de su vida. Solange, la joven, la rubia, la comestible Solange durmiendo al lado de un hombre que pasaba de los cincuenta años y que había hecho escala en París sin otra intención que visitar algunos museos, comprar cartas postales y regalarse en Pigalle con alguna fornicación venal. Pero todo ello había resultado diferente porque se le ocurrió, apenas llegó al hotel, salir sin abrir su equipaje, sentarse en la terraza de un café, precisamente de ese café, y pedir una copa de vino.

Esa terraza era una vitrina, un palco, una canasta de flores, un acuario, todo lo que puede haber de ameno, oloroso, tamizado y etéreo en un ancho y caliente bulevar ruidoso. La muchacha estaba sentada en la mesa vecina tomando un expreso y el doctor Huamán, con esa audacia que da el llegar a una ciudad extranjera, en la cual uno es para sí mismo un extranjero, la saludó y la invitó a acercarse a su mesa. Y contra todas sus esperanzas Solange estaba sentada a su lado, con sus blue jeans manchados de pintura, pidiendo otro expreso y hablando de sus estudios de decoración, de esa época mercantilista en la cual, desgraciadamente, no había cabida para la verdadera creación.

—Por eso tendré que ganarme la vida arreglando vitrinas, cuando en realidad lo que me gusta es pintar.

El doctor, apelando a sus estudios de francés, a las palabras que sabía de inglés y de italiano, se fue construyendo un idioma babélico, que Solange encontró no solo inteligible sino pintoresco y así pudo explicarle que era la primera vez que venía a Europa, que había sido invitado a un congreso de educación en Ginebra y que desde su adolescencia soñaba con vivir en París.

—Pero venir a los cincuenta años es diferente. A esa edad, verdaderamente, la juventud está ya en la otra ribera.

Solange no lo contradijo. Acotó más bien que había un placer para cada edad y habló, por ejemplo, de las delicias de la gastronomía, de las salsas que acompañaban a cada carne, de los quesos que se conjugaban con tales vinos, y tanta elocuencia puso en esta disertación que el doctor Huamán, después de beber su tercer vino, no pudo resistir la tentación de invitarla a cenar.

—A condición, claro, que usted elija el lugar.

Solange lo condujo a un restorán minúsculo y en apariencia populachero, pero cuya elegancia residía en su desgaire, en su imitación cautelosa de una fonda para taxistas. Los mozos, contrariamente a lo que había oído decir, fueron omnipresentes y de una cortesía un poco indecente, sobre todo cuando lo escucharon decirle a Solange si podía pagar en dólares. Y después de una ronda por los cafés de Montparnasse bebiendo algunos alcoholes, donde Solange saludó sin presentarlo a innumerables parroquianos, se encontró solo, de vuelta a su hotel, ante sus maletas cerradas, un poco borracho, aturdido por ese encuentro que él deseó más largo, pero que Solange clausuró bruscamente, dejándolo plantado en la puerta de un último bar donde la esperaban algunos amigos.

No era pues ninguna ave romántica, sino un pájaro ávido, glotón, soso y, mirándolo bien, hasta antipático, el que continuaba espulgándose al sol, en el alféizar de la ventana. El doctor Huamán comprobó que Solange seguía dormida y trató de despertarla con una caricia, pero la vio revolverse en la cama roncando y enterrar la cabeza en la almohada. Encendió entonces otro cigarrillo y observó complacido esa buharda, a la cual Solange lo había conducido con tanta afabilidad.

Fue al día siguiente de la cena en el comedor minúsculo. Se aprestaba a realizar su primera incursión solitaria a los museos, echando el encuentro de la víspera al saco de las experiencias truncas —lo que pudo ser, lo que nunca fue—, pero había olvidado que no hay relación perdida ni gesto que no se recoja. Solange lo estaba llamando por teléfono.

—Quería agradecerle la invitación de ayer. Como no tengo plata para retornársela, le propongo algo: servirle de cicerone. Así verá lo que vale realmente la pena y yo aprovecharé para dar un paseo.

Media hora más tarde estaban ambos al pie de la torre de Saint Germain des Près. Solange surgió aparentemente del aire pues el doctor, que giraba sobre sus talones protegiéndose del sol con un sombrero de paño, la vio de pronto a su

lado con sus pantalones manchados. Obedeciendo a un instinto de cortesanía latina se descubrió, se inclinó y cogiéndole la mano le besó la contrapalma. Mano opulenta, a su juicio, tibia, manducable.

Mientras caminaban hacia el Sena por la rue Bonaparte, ante vitrinas de anticuarios cuyas delicadezas Solange le explicaba, el doctor se quejó de que tuviera que quedarse sólo tres días en París.

—El hotel es carísimo. Tengo que guardar mis dólares para comprar algo en Suiza. Y un auto en Alemania. Allá son más baratos que en Lima.

Solange había quedado contemplando un escritorio estilo Regencia, con la frente apoyada en el cristal de la tienda.

—Hay cosas que uno tiene que contentarse con desear toda la vida. Nunca podré tener un escritorio igual. Cuesta más que un viaje alrededor del mundo. ¿Cuánto está pagando en el hotel?

—Cien francos diarios, solo por dormir.

Al llegar al Sena recorrieron el malecón observando los bouquinistes. Las portadas de los libros se amarillaban al sol. Al lado de los autores famosos se veían libros de autores oscuros que dormían allí, en sus nichos de madera, el sueño de una inalcanzable gloria. El doctor Huamán distinguió carátulas de una pornografía vistosa y compró un volumen sobre «La vida secreta en los conventos».

—Tengo una idea —dijo Solange—. Una amiga mía que se ha ido a Londres por unas semanas me ha dejado su estudio en el Barrio Latino. Si quiere puede dejar el hotel y alojarse allí. Yo lo uso solo cuando se me pasa la hora y no tengo tiempo de ir hasta mi casa, en Trocadero.

—Es mucha molestia —dijo el doctor.

Pero ya Solange le mostraba la fachada de Notre Dame. El doctor quedó pasmado, sin habla, no sabiendo si admirar más la robustez del material o la fineza de las formas. Ese contraste lo sorprendió y tuvo la impresión de encontrarse ante un enigma, una sabiduría perdida.

—Pero en materia de vitrales la Sainte-Chapelle es mejor —dijo Solange—. Está aquí no más, a un paso.

El doctor se dejó conducir a la capilla gótica, luego a la sala de Saint Louis. Por la orilla derecha retornaron hasta el Louvre, recorrieron las principales salas y cuando salieron atardecía sobre los árboles dorados del Sena.

—¡Admirable ciudad! —suspiró el doctor viendo pasar una fila de barcazas por las aguas cobrizas—. Desgraciadamente en tres días no podré ver mucho. Estaba pensando en lo que dijo enantes, lo del estudio de su amiga.

—Es apenas un cuarto, pero no le costará nada. Podrá quedarse allí el tiempo que quiera.

—A las ocasiones no hay que dejarlas pasar. Aceptado. ¿Cómo hay que hacer para ir allí?

—Vaya al hotel por sus maletas. No tiene más que cruzar el puente. Yo lo esperaré a las siete en la puerta del estudio.

Era un antiguo hotel en la rue De la Harpe, convertido ahora en estudios amoblados. Guiado por Solange el doctor Huamán subió con entusiasmo los primeros pisos, cargando sus dos maletas de cuero. En el cuarto piso comenzó a resollar y llegó extenuado, arrastrando su equipaje al piso octavo, donde Solange abría una puerta enana.

Pero le bastó cruzarla para respirar al fin ese ambiente de bohemia con el que de joven tantas veces había soñado. Era la típica buhardilla parisina donde se vive un gran amor, se escribe alguna obra maestra o se muere en la desolación y el olvido. En las paredes había afiches y un mural que representaba una naturaleza muerta, obra tal vez de algún artista desnutrido que había aplacado su hambre pintando carnes rosadas, frutas del trópico y legumbres pomposas. Aparte de la cama, había una mesa sin mantel, dos sillas, un armario y un lavatorio, ante cuyo espejo Solange rehacía su peinado.

—Esto es París —dijo el doctor quitándose el sombrero para acercarse a la ventana.

Vio los tejados, las chimeneas, la rue Saint Severin y al fondo el tráfico del bulevar Saint Michel. Y hubiera quedado horas en contemplación si Solange no lo tocara del hombro para decirle que quizás deberían ir a cenar.

—¿Al mismo restorán que ayer?

—No. Es un lugar muy caro. Por aquí hay cantidad de sitios donde uno se come un bistec con papas fritas por nada.

Solange no le propuso esta vez, después de la cena, dar una vuelta por los cafés del barrio. El doctor Huamán se sintió un poco decepcionado. Apenas consiguió que le prometiera acompañarlo al día siguiente a comprar unos encargos que le había hecho su mujer. Como estaba cansado no se animó a salir solo. Tendido en la cama trató de leer sin comprender nada su libro erótico, evocó la Venus de Milo y otras esculturas que viera en el museo y se durmió pensando que ni la literatura ni el arte reemplazaban a la vida, que más valía, por fugaz y perecedera que fuera, una mujer viviente, más que todas las bellas estatuas de la tierra.

Esta vez se habían dado cita en la plaza de la Opera. Solange, para aventurarse por esos barrios céntricos, había reemplazado sus blue jeans por una minifalda, que dejaba al descubierto sus piernas embutidas en una malla negra calada en rombos.

El doctor Huamán se dejó conducir a las galerías Lafayette. Le bastó cruzar la mampara de vidrio para sentirse acarreado por el brazo mayor de un torrente de compradores que, haciéndole perder contacto con Solange, lo llevaron consigo entre anaqueles de perfumería, castillos de sombreros y pelucas postizas y, dirigiéndolo hacia una escalera mecánica, lo elevaron hacia los pisos superiores entre millares de impermeables, batas y paraguas, maniqués que avanzaban delicadamente hacia él sus largos brazos desnudos y alfombras, mesas, cocinas, osos de peluche dorado y al fin, cuando desembocaba en otro piso de esa versión climatizada de los mercados orientales, donde empleados circunspectos y muy bien peinados custodiaban muestrarios infinitos de corbatas y calcetines, se vio recuperado por Solange, que lo invitaba a seguirlo hacia el piso inferior preguntándole qué talla tenía su mujer y cuánto calzaba.

—Es baja. Diría casi que le llevas una cabeza. Es baja y flaca.

Esta vez Solange lo cogió del brazo y durante una hora fue un interminable discurrir por pasajes y ascensores, discutir con empleadas ariscas, asistir a exhibiciones, pruebas y muestras y cuando ya asfixiado, cargado de paquetes, se sentía desfallecer, cayeron en un recinto ideal, un espacio lleno de geishas que los abanicaban, los perfumaban con sándalo, mostrándoles porcelanas, túnicas de seda natural, objetos tallados en madera de una absoluta inutilidad, cigarreras de laca, juegos incomprensibles y sutiles, en los que una banderola anunciaba como Exposición Japonesa.

El doctor Huamán, debatiéndose entre su maravillamiento y su cansancio, optó por quejarse, pero Solange tocaba ya objetos de jade, ceniceros humosos, tazas frágiles como un pétalo y se hacía mostrar echarpes impalpables con dibujos a pluma y pantuflas bordadas, discutiendo de nuevo con falsas geishas que hablaban perfectamente un francés insolente y que no eran otra cosa que vietnamitas disfrazadas. Finalmente se encontraron descendiendo por la escalera mecánica, efectuando un corte vertical en ese palacio del consumo, que les mostraba sucesivamente, a vuelo de pájaro, ropa, muebles, juguetes, pero cuando el doctor Huamán creía que esa bajada los conducía por fortuna a la calle, Solange lo hizo atravesar el piso para penetrar en un subsuelo donde se exhibía medio millar de abrigo de ante de todos los colores. Al ver su deslumbramiento, el doctor se conmovió.

—Yo había pensado ofrecerle algo, pues ha sido tan amable conmigo. ¿Le gusta uno de esos abrigos?

Solange no se hizo de rogar, eligió uno color turquesa, de paso una cartera que hacía juego y minutos después estaban en la calle, buscando inútilmente un taxi.

—Creo que podemos ir a pie.

El doctor se resignó a caminar por la avenida de la Opera. Se sorprendió de no ver el mismo tipo de gente que en el barrio Latino. Se cruzaban con turistas, viejos de lento andar, hombres como él, con sombrero y chaleco, provenientes de las provincias subecuatoriales del mundo.

—Por aquí no se ven muchos jóvenes —resopló.

—Estamos en la orilla derecha. La juventud, realmente, está en la otra ribera.

La lluvia se desató cuando llegaban al estudio. Acodados en el alféizar veían anegarse la rue De la Harpe, abrirse los paraguas y correr a los transeúntes. Esa agua otoñal era capaz de ahogar todo, pero ese día prístino, se dijo el doctor, flotaría en la tormenta, en su recuerdo, como el arca privilegiada que se libró del naufragio.

Solange abrió su paquete de compras mientras le preguntaba distraídamente por su vida, por su trabajo. El doctor Huamán, que pertenecía al género amestizado y hermético, respondía con parquedad. Le habló un poco de sus veinte años en el ministerio de Educación, postergado, dedicado a labores técnicas y oscuras, hasta que al fin se había realizado ese congreso y no habían tenido más remedio que enviarlo.

—Tenía algunos ahorros y además en el ministerio me dieron viáticos para el viaje.

Mientras se probaba el abrigo turquesa, Solange le dijo que era peligroso andar con sus dólares en el bolsillo, que uno podía verse expuesto a tantos accidentes. Y como la lluvia no amainaba propuso que comieran allí en la casa, su amiga debía haber dejado algo en la despensa. En una pequeña alacena adosada a la pared encontraron un paquete de tallarines, salsa de tomate y un queso cammambert. Con eso podía prepararse una comida simpática, tipo artista, improvisada, ¿no estaban acaso en París?

—Una comida bohemia —añadió el doctor Huamán y a pesar de las protestas de Solange se puso su impermeable y salió a la calle arrojando el chaparrón en busca de pan y vino.

El queso lo encontró delicioso y más aún el beaujolais, cuya segunda botella descorchó. Solange estornudaba. Su blusa se había humedecido con el chubasco y había pescado frío.

—Mejor es que me la quite y la deje secar. Me pondré encima el abrigo.

El doctor se dirigió discretamente hacia la ventana y quedó mirando la calle. La lluvia había cesado. En uno de los cristales vio reflejada a Solange que, habiéndose quitado su blusa y su minifalda, quedó un instante en combinación, para ponerse luego el abrigo. No sintió turbación ni excitación sino refluir hacia

sí una de esas tristezas antiguas, como las que lo embargaban de adolescente cuando salía de los bailes sin haber hecho cita con ninguna muchacha.

Solange se había parado sobre una silla para observarse el abrigo en el espejo del lavatorio.

—Creo que mejor me quedaba en las galerías. ¿Que le parece?

El doctor Huamán se volvió, contempló a Solange erguida sobre la silla en una coqueta pose de modelo, pero no dijo nada. Su sombrero estaba sobre la cama. De inmediato lo cogió y poniéndoselo se dirigió hacia la puerta. Solo le provocaba caminar sin rumbo por las calles húmedas silbando un viejo bolero.

—¿La gente de su país es siempre así? ¿Tiene esa cara tan triste? Fíjese, aún no le he agradecido por el regalo que me ha hecho.

El doctor vio que Solange estiraba los brazos para cogerlo de los hombros, luego ese rostro radiante, fresco, que avanzaba hacia el suyo, cretino, ajado por años de rutina, de impotencia, de sueños suntuosos e inútiles y se dejó besar, la besó con el ardor de quien se cobra, aunque tardíamente, su desquite.

No era pues ave cantora ni pájaro agorero lo que el doctor Huamán veía en la ventana, sino un pichón pulguiento que levantaba vuelo hacia el tejado vecino donde se soleaba el resto de su tribu.

Solange había abierto un ojo y sonreía. El doctor no le dio tiempo ni de des-perezarse y la atrajo rudamente hacia sí, pues no debía dejar pasar la ocasión de un puntual pero efímero rapto de virilidad matutina.

Se levantaron pasado el mediodía y Solange propuso que fueran esa tarde a ver los cuadros de Paradis.

—¿Paradis?

—Es el que pintó ese mural. Lo hizo cuando era joven y vivía en este cuarto. Ahora ya se abrió camino. Sus obras se exhiben en Nueva York, Alemania.

El doctor Huamán consideró buena la idea. Nunca había conocido a un pintor, a lo mejor se animaba a comprarle un pequeño apunte y después de comerse un sándwich en el café de los bajos se encaminaron hacia Montparnasse.

Paradis estaba en un bar de la rue Delambre tomando un agua mineral. El local era pequeño y a diferencia de otros que el doctor había tenido ya oportunidad de conocer, tenía la puerta cerrada y las ventanas protegidas por gruesas cortinas. Detrás del mostrador desierto un mozo leía un periódico.

—Es el doctor Huamán, del cual te hablé. Se interesa por el arte y quisiera ver algunas cosas tuyas.

Paradis se puso de pie. Usaba anteojos redondos y negrísimos y tenía una pierna ligeramente encogida. El doctor notó que era pálido, esa palidez que solo adquieren los tenaces adeptos de la noche.

Paradis le invitó de inmediato un coñac e inició una disertación sobre la pintura. El doctor se sintió un poco incómodo pues no podía ver ni la forma ni la expresión de sus ojos. Paradis hablaba de esa época mercantilista en la cual para triunfar en el arte era necesario comportarse como un boxeador o como un payaso.

Esta comparación le pareció al doctor cosa ya oída, tal vez se la había escuchado a Solange, pero no pudo deducir en ese momento si Paradis se la había enseñado a Solange o a la inversa.

—Espérenme aquí —dijo Paradis—. Voy a traer algunas cosas.

Al cuarto de hora regresó con media docena de telas sin marco, clavadas en sus bastidores. Lo acompañaba un hombre corpulento de espesos bigotes negros.

—Es Jimmi, un pintor marroquí.

El mozo sirvió otra tanda de coñacs y Paradis empezó a mostrar sus telas. No se necesitaba ser un experto para darse cuenta de que eran abominables. Gruesas pinceladas reproducían groseramente paisajes típicos de París, Notre Dame y sus torres trucas, el Pont Neuf, la Tour Eiffel. El doctor pidió que le volviera a mostrar la placita con una iglesia bizantina al fondo.

—La plaza du Tertre, en Montmartre. Es una de las últimas cosas que he hecho.

El doctor Huamán la examinó de cerca, mientras Solange, con su larguísimo dedo terminado en una uña mal cortada, le hacía apreciar algunos detalles de composición. Cuando preguntó el precio, Paradis le dijo que quinientos dólares.

El doctor Huamán le devolvió el cuadro.

—Muy interesante. Pero ese precio está fuera de mi alcance.

Paradis cambió de tema y habló de su juventud en Montmartre, cuando era un desconocido que vendía acuarelas en las calles. Quizás fue la mejor época de su vida, aquella en la que vivió la poesía de la pobreza.

—Voy a hacer una excepción. Por ser amigo de Solange le dejo la tela en trescientos dólares.

El doctor Huamán se volvió a excusar, diciendo esta vez que él era muy conservador en sus gustos y que prefería en todo caso una buena reproducción de un autor clásico.

—Sí, ya sé lo que le puede gustar —dijo Paradis—. Jimmi, ¿le enseñas algo al doctor?

El hombre de los bigotes movió aprobativamente la cabeza y salió del bar. Volvió al poco rato con una carpeta de cartón verde. Era una colección de desnudos de una intención ostensiblemente pornográfica.

—Eso es lo que le interesa, ¿no? Nosotros conocemos bien los gustos de los sudamericanos. Los amateurs se pelean estos apuntes de Jimmi por cien dólares.

El doctor Huamán observó que mientras Paradis seguía elogiando las obras de su amigo, Solange se mantenía un poco apartada, mirando hacia el mostrador, tal vez al mozo que había dejado de leer su periódico para escuchar la conversación, o los anaqueles llenos de botellas.

—Lo siento mucho —dijo el doctor—. Pero repito, no me interesa este tipo de cosas.

Paradis y Jimmi cambiaron algunas palabras en una lengua desconocida para él, tal vez argot o un dialecto meridional y al fin Paradis ríe ofreciéndole otra vuelta de coñac. El doctor buscó la mirada de Solange que no esquivó la suya, pero que no le comunicó nada, una mirada neutra. Entonces se puso de pie, agradeció la invitación y sugirió a Solange retirarse.

Cuando salían a la calle, Paradis los retuvo.

—Solange, ¿vienes un rato?

El doctor Huamán quedó en la acera, con su impermeable y su sombrero en la mano. Le pareció que en el interior del bar se discutía. Al instante salió Solange crispada y le pidió un cigarrillo.

—Acompáñame al Sena.

En el trayecto se tranquilizó, había hecho bien en no comprarle nada, eran precios altos y además él no tenía ninguna obligación para con sus amigos.

—¿Por qué no aprovechamos la tarde para ir a Versalles? —añadió de pronto—. En esta época no va casi gente. Solo unos cuantos turistas otoñales, que son los más soportables.

El doctor Huamán accedió. Estaban ya cerca de la buhardilla de la rue De la Harpe.

—Entonces sube y espérame. Voy a traer mi carro.

—¿Tienes carro?

—Digamos, algo que camina. Pero no lo uso en la ciudad. Es solo para ir al campo.

Era un viejo Citröen, latoso y abollado que traqueteando, pujando y escuiriéndose entre camiones y autobuses los dejó en una hora ante el castillo de Versalles.

—Aún tenemos una hora para ver el castillo —dijo Solange.

El doctor Huamán recorrió respetuoso, con el sombrero en la mano, la galería de los Espejos, el salón Dorado, la cámara de la Reina y otros lugares que

Solange, renunciando al guía oficial, le mostró sin mucha persuasión, distraída, titubeante. Cuando se acercaban al teatro de Luis XIV un guardián anunció que llegaba la hora del cierre. Por los ventanales se veía atardecer sobre el parque.

—Daremos una vuelta por allí —propuso Solange.

Un grupito de turistas regresaba del Trianón escuchando las explicaciones del cicerone. El doctor Huamán contempló mudo, con emoción, los árboles rojizos y siguió silencioso a Solange que lo conducía hacia la glorieta de la Reina.

—Estoy pensando una cosa.

Solange interrumpió sus explicaciones.

—Estoy pensando en lo que le gustaría a mi mujer ver este parque. A ella le agrada tanto la naturaleza.

Esta vez fue Solange la que quedó callada. Pasaban frente a la fuente de Neptuno. El doctor la notó agestada.

—Disculpa. No puedo evitar a veces pensar en ella. Son cosas que a uno le pasan por la cabeza. Claro, tú eres diferente. Tú eres joven.

Solange le pasó el brazo por la cintura —una cintura tiesa, como la de un ídolo de terracota— y continuaron el paseo callados. Cuando divisaron la fachada del Trianón el doctor Huamán, obedeciendo a un impulso ecológico, la atrajo hacia sí para besarla en la boca.

—Regresemos.

Solange dijo que aún no habían visto los estanques.

—¿No cierran la reja?

—A las siete.

Anduvieron aún del brazo por senderos y boscajes, en la penumbra crepuscular. Solange hablaba de su infancia en Normandía, mientras el doctor hacía cálculos sobre el tiempo que invertirían en regresar a París y la forma prudente pero al mismo tiempo desenvuelta como debía subir los fatigantes ocho pisos de la buharda.

—Ya no se ve nada —insistió—. Regresemos.

—Claro —dijo Solange y desandando el camino se dirigieron hacia la explanada.

Cuando estuvieron en el carro, Solange, en lugar de arrancar, quedó recostada en el volante, meditando.

—Debíamos cenar acá. Hay un restorán en Versalles que es famoso por su buey burguiñón. Ni en París lo hacen igual.

—Como quieras —dijo el doctor—. ¿Pero no se hará tarde?

—¿Tarde para qué?

—Es verdad —dijo el doctor oprimiéndole la mano.

En el Citroën recorrieron las calles de Versailles buscando el restorán. Solange había olvidado probablemente dónde quedaba, pues pasó y repasó por los mismos lugares. Al fin se detuvo frente a un vulgar snack bar.

—Creo que es este.

En ese lugar no había buey burguiñón, pero ya que estaban allí se quedaron a comer un par de salchichas. El paseo les había abierto el apetito.

—Creo que mandaré un telegrama a Ginebra. Diré que no llego para la inauguración del congreso, que llegaré más tarde. ¿Qué te parece?

Cuando estaban en los quesos, Solange se levantó.

—Me había olvidado. Tengo que hablar con mi tía que parte mañana para Normandía. Un encargo para mi mamá.

El doctor la vio dirigirse a una puerta donde se leía toilette-telephone. Aprovechó entonces para llenar otro vaso de vino y engullir de dos mordiscos un pedazo de gruyère. Luego eructó de placer.

—No está en casa —dijo Solange reapareciendo—. Esperaremos un rato. ¿Un café?

—¿Y si llamas de París?

—No puedo. Si no la cojo a esta hora después será muy tarde.

Entre el café y el coñac Solange fue dos veces más al teléfono y solo a la tercera regresó diciendo que al fin había podido hablar con su tía.

—¿Entonces listos?

—Cuando quieras.

El Citroën traqueteando, pujando, emprendió el camino de regreso. Pero Solange manejaba esta vez despacio, dejándose pasar hasta por los camiones. Al llegar a las afueras de París vaciló por qué puerta debía entrar. Eligió la de Orleans pero buscando esta puerta se extravió y cuando la encontró se volvió a extraviar por los barrios periféricos. El carro iba y venía por calles oscuras que se iban despoblando.

—¿Por qué no preguntas?

—Te digo que yo conozco.

Luego de interminables vueltas, cuando se acercaba la media noche, dio con el bulevar Saint Michel y finalmente se detuvo en la rue De la Harpe.

—¿Y si vamos a Montparnasse? La verdad es que no tengo sueño. Espérame aquí que subo a buscar mi abrigo de ante.

El doctor quedó en el automóvil, impaciente, fumando, mirando la puerta del amoblado. Solange no bajaba.

Cuando terminó el segundo cigarrillo descendió del automóvil y subió sosegadamente las escaleras. La puerta del cuarto estaba abierta. Desde el pasillo vio

a Solange sentada en la cama con las piernas cruzadas, la cabeza entre las manos, llorando.

—¿Qué pasa?

—¡Nos han robado!

El doctor observó el cuarto y notó que no estaban sus dos maletas de cuero, ni los ternos que había dejado colgados detrás de la puerta.

—¡Se han llevado también mi abrigo de ante!

El doctor se dirigió de inmediato al armario, hurgó entre calcetines y papeles.

—Y también mi carnet con travellers.

—Deben haber entrado con una ganzúa. Cuando subí encontré la puerta entreabierta.

—Lo siento por tu abrigo y por mi ropa. Pero los travellers no podrán cobrarlos. Son de una cuenta especial y necesitan mi firma auténtica.

Solange dijo que era necesario presentar una denuncia en la comisaria del barrio y luego, acordándose nuevamente de su abrigo, recomenzó a gimotear.

—Si se hubieran robado mis dólares otra cosa. Pero mis dólares los llevo siempre conmigo.

Solange se calmó.

—Ya se me quitaron las ganas de ir a Montparnasse.

—Qué tanto, nos quedaremos aquí.

Solange se extendió sobre la cama y cerró los ojos. El doctor observó cómo sin transición se quedaba dormida y apagando la luz comenzó a desvestirse.

Se despertó entrada la mañana y notó que Solange no estaba. En la mesa de noche le había dejado un mensaje. Decía que tenía que llevar el carro a su casa, ver a unas amigas y que por eso le dejaba la tarde en libertad. Le daba cita para las ocho de la noche en La Coupole, Montparnasse.

Esa tarde vacante el doctor la llenó pausadamente con un nuevo paseo por el Sena, una visita a las Tullerías y una escalada a las torres de Notre Dame, cuyos cuatrocientos escalones subió con heroísmo para observar, presa de vértigo, el panorama de París soleado. Al anochecer tomó el metro y se dirigió a Montparnasse.

Solange estaba sentada en la terraza con dos amigas. Lucienne debía tener cuarenta años y bebía un pernod. La otra era una pequeñaja con trenzas que tenía en los labios permanentemente un pitillo pestilente.

—Hay una sorpresa para esta noche —le dijo Solange—. Paradis nos ha invitado a una fiesta. Es en casa de un amigo, por el bosque de Vincennes.

El doctor Huamán objetó que en esa fiesta iba a ser un desconocido.

—Mejor —dijo Lucienne —así es más divertido. Al tercer trago eres amigo de todo el mundo.

Paradis apareció muy bien peinado, con traje negro, anteojos negros y un pañuelo de seda blanco amarrado al cuello. Besó a Solange en ambas mejillas, a la pequeñeja en la boca y a Lucienne en la mano. De inmediato empezó a conversar con las mujeres sin darle al doctor, a quien saludó secamente, ninguna importancia. Hablaba de Petrus Borel, un hombre genial, que había organizado esa noche en su casa un «tout petit partouze».

—Dijo que fuéramos temprano. Terminen su trago. Yo tengo el auto en la esquina de la rue Delambre.

Las mujeres se pusieron de pie y como el doctor hizo lo mismo, Paradis se volvió hacia él.

—¿Usted también viene?

—Yo lo he invitado —intervino Solange.

—Entonces lo llevas en tu carro.

Cogiendo con un brazo a Lucienne y con el otro a la enana, Paradis se caminó hacia la rue Delambre. Solange condujo al doctor en la dirección contraria.

—¿Pero no habías dejado el carro en tu casa?

—Claro, pero después lo traje.

El Citroën siguió el carro de Paradis por bulevares arbolados, sombríos y tomando la orilla del Sena se dirigió hacia Nation. En una calle que daba al bosque de Vincennes se detuvo. Paradis escoltaba ya a sus pasajeras hacia la puerta de un edificio moderno y se introdujo en el ascensor con ellas. Solange y el doctor esperaron el segundo viaje y al poco rato estaban en un departamento a media luz donde un hombre calvo, moreno, cincuentón, un poco gordo, con los dedos cargados de anillos, los recibió amablemente, ofreciéndoles de inmediato cigarrillos, algo de beber, un sillón, el balcón frente al bosque, lo que quisieran. El doctor Huamán distinguió en la penumbra a varias personas sentadas en cojines, reclinadas en sofás, echadas en el suelo. Luego hizo un recuento y vio que no eran muchas. Aparte de los que habían llegado y que se habían distribuido decorativamente en el espacio, estaba el dueño de casa, Jimmi el pintor, un mozalbeta en blue jeans, una señora en traje largo y una niña decididamente niña, etérea.

Petrus Borel volvía a la carga, esta vez con un azafate en el que se veían copas aflautadas llenas de vino blanco.

Sírvanse, va a cantar Jean-Luc.

El doctor y Solange tomaron asiento en un sofá-cama adosado a la pared.

—¿A qué se dedica este señor Borel?

—¿Qué importa eso? Ya lo dijo Paradis. Es un hombre genial.

El muchacho en blue jeans cogió una guitarra que colgaba del muro y luego de afinarla empezó a cantar canciones renacentistas. La habitación se llenaba de humo.

—Te voy a traer otro vino —dijo Solange levantándose.

Lucienne se acercó en ese momento al sofá—cama y se acomodó al lado del doctor Huamán.

—Bueno, ¿y quién eres tú? ¿Qué haces?

—Soy doctor en educación. Lo que se llama ahora educación de adultos.

—¿Adultos? Debe ser una profesión apasionante.

El doctor se aprestaba a desengañarla, pero ya Solange llegaba con dos copas. Lucienne se retiró balanceando las caderas hacia donde estaba el pintor marroquí.

—Jean-Luc, canta algo más alegre —dijo Petrus Borel—. Esas canciones aburren.

Jean-Luc, cambiando de registro, atacó el repertorio de canciones licenciosas. El doctor Huamán no entendía bien la letra. Todos reían, salvo la niña etérea que miraba fascinada las manos del guitarrista.

—Voy a respirar un poco de aire —dijo el doctor.

—¿No te sientes bien?

—Al contrario, como nunca. Me siento como si tuviera veinte años.

Con su vaso en la mano se dirigió al balcón y contempló apoyado en la baranda el sombrío follaje del bosque de Vincennes. Respiró satisfecho el aire nocturno y bebió de un sorbo lo que quedaba en su copa. Paradis y Borel estaban de pie, cerca de la mampara.

—¿Quién ha traído a esta niña?

—Jean-Luc la trajo sin avisar —dijo Borel.

—Es una idea necia, desatinada.

El doctor Huamán entró al salón, interrumpiendo la conversación. Borel le pasó el brazo por el hombro.

—Sí, mi querido doctor. Mi filosofía es simple. Divertirse, como si estuviéramos en un barco condenado al naufragio, saber admirar en la caída las flores que crecen al borde del abismo. Y arrancar una de paso si es posible. ¿Un trago más?

Solange se acercaba.

—¿Puedo poner unos discos?

—Buena idea —dijo Borel— Jean-Luc está ya pesado con sus cochonneries.

—Ven —dijo Solange cogiendo al doctor de la mano—. Vamos a poner discos.

En un rincón de la pieza, en el suelo, había un pick-up rodeado de pilas de discos. Para llegar a él tuvieron que pasar de un tranco sobre la pequeñeja, que estaba tendida de vientre en el suelo, fumando.

—Acá hay de todo. Jazz, Aznavour, música latinoamericana. ¿Qué ponemos?

—Cualquier cosa, pero que no sea muy movida.

Solange escogió un disco de blues cantado por Bing Crosby y sus primeros acordes determinaron a Jean-Luc a colgar definitivamente su guitarra. La señora de traje largo apareció por un pasillo.

—La cena está lista. El que tenga hambre que levante la mano y que me siga.

Pero ya Petrus Borel, seducido al parecer por Bing Crosby, cogía a la señora por la cintura para embarcarla en el orden pegajoso, amelcochado, lenitivo de los blues de los años cuarenta.

—Adorable Medusa. ¿Quién dice que el amor se marchita?

Jimmi sacó a bailar a Lucienne, Jean-Luc a la niña etérea y el doctor, abotonándose el saco, invitó a Solange. Solo quedaron desparejados la pequeñeja, que seguía tendida en el suelo, y Paradis, que fumaba mirando hacia el balcón, apoyado en su pierna levemente más corta.

El disco de Bing Crosby se desenrolló interminablemente por sus dos lados y fue seguramente repetido por algún fanático, pues el doctor Huamán comprobó que sentía hambre y que varias veces había echado mano a una copa que un escanciador invisible volvía a llenar.

—Creo que debíamos comer algo.

La Medusa lo escuchó, pues abandonando a Petrus Borel comenzó a batir palmas.

—¡Una buena idea! ¡Bravo, doctor! El que se anime que venga conmigo.

Y levantando con los dedos el remate de su largo vestido se encaminó hacia el pasillo, seguida por Jimmi, Lucienne, Solange y el doctor.

En una mesa de la cocina había una fuente con lonjas de ternera fría y un recipiente con ensalada de lechuga. Cada cual se sirvió a su guisa y regresaron al salón con sus platos en las manos. Bing Crosby había sido desalojado para dejar lugar a un rock que Jean-Luc y la etérea bailaban ocupando tanto espacio que habían tenido que arrimar cojines y sillones contra la pared. Borel también bailaba, pero solo, de la cintura para abajo, mientras su torso rígido mantenía una conversación seria con Paradis.

La Medusa sirvió un vino rosado y cuando fueron a la cocina a dejar los platos vacíos encontraron de regreso a Petrus destapando una botella panzuda.

—Un whisky especial, se lo compré al marino marsellés, ¿lo conoces?

Paradis respondió en esa lengua que el doctor ya una vez le había escuchado hablar en el bar de la rue Delambre y Borel respondió en la misma, riendo.

Jimmi y Lucienne, aspirados por el rock, entraron en colisión con Jean-Luc y la ninfa, al mismo tiempo que Solange tiraba del brazo del doctor.

—Yo te voy a enseñar. Es solo cuestión de ritmo.

El doctor se dio cuenta de que era la cosa más fácil del mundo y sin complejos, aflojando los torniquetes de su cintura, dejó a sus extremidades inferiores seguir su propio impulso.

—¡Cretino! ¡Ya me fregó el brazo!

El doctor bajó los ojos y vio que la pequeñaja, a quien había perdido de vista, estaba entre sus piernas, frotándose el brazo.

—Usted es Atila. Desde que lo vi me di cuenta. Donde pisa no crece más la hierba.

El doctor interrumpió su baile para deshacerse en excusas, pero Solange lo volvió a jalar.

—No le hagas caso. Está volando.

La pequeñaja se puso al fin de pie y comenzó a bailar sola, girando en torno a Paradis, invitándolo, incitándolo. Borel y la Medusa estaban besándose furiosamente en el sofá-cama, mientras Jimmi, abandonando a Lucienne, se dirigió hacia la botella panzuda para servirse el whisky en vasos cortos y anchos que fue pasando a los presentes.

Al igual que Bing Crosby el rock se prolongó y a fuerza de repetirse fue adquiriendo un carácter encantatorio, casi sagrado, que arrastró en su dictado a Petrus Borel, que bailaba con Lucienne, y a la Medusa, que se interpuso entre Jean-Luc y la etérea para inventar figuras a las que su larga falda daban el aspecto de un derviche frenético. El doctor Huamán estaba sudando.

—Quítate el saco si quieres, déjalo en uno de los dormitorios —dijo Solange.

—Eso nunca. Un caballero no se queda en mangas de camisa.

Paradis, que seguía hostigado por la enana, tuvo un gesto de impaciencia.

—Pon tu bosanova de una vez y déjate de monerías. ¿Me oyen todos? Nadine quiere su bosanova.

—¡Ya era tiempo! —exclamó Jimmi dirigiéndose hacia el tocadiscos.

Todos menos el doctor Huamán, que habiendo dejado en libertad a su cuerpo continuaba moviéndose espasmódica y casi dolorosamente, se interrumpieron para observar cómo Jimmi y Nadine hurgaban entre los discos. Cuando empezó a sonar la bosanova, buscaron dónde sentarse. Solange arrastró al doctor hacia el sofá-cama.

—Ven, siéntate aquí. Hay espectáculo.

Nadine había comenzado a menearse lentamente, con las palmas de sus manos acariciando sus muslos. Entre dos vueltas se despojó de sus zapatos que arrojó a un rincón de la pieza. Luego fue desabotonando su blusa hasta quitársela, la balanceó en una mano y la tiró sobre un sillón. De su falda se deshizo de un solo gesto, pues era abierta de un lado y abotonada en la cintura. En sostén y calzón evolucionó un momento, mientras se llevaba las manos a la espalda buscando el corchete, se despojó de su prenda y la arrojó al azar, cayendo en el hombro del doctor Huamán. El calzón se lo quitó según una progresión estudiada que mostraba, ocultaba y volvía a mostrar cada vez más sus glúteos y su vellocino y cuando lo tuvo en la mano, en lugar de arrojarlo, lo condujo hasta Paradis para meterlo en el bolsillo de su saco. Como la bosanova terminaba dio aún algunas sacudidas de caderas y aterrizó sobre un cojín con la cabeza hundida entre las piernas.

Jimmi, Petrus y Jean-Luc aplaudían, pero ya Nadine estaba de pie y buscaba su cartera para sacar un pitillo.

—Dame también uno —dijo Jimmi.

—Pídeselo a la Medusa.

—Así me van a arruinar. Qué dices Petrus ¿se lo doy?

El dueño de casa hizo un gesto ambiguo con la cabeza y la Medusa se perdió por un corredor para reaparecer con una caja de pitillos. Todos, menos Paradis y el doctor Huamán, aceptaron.

—¿Tú no fumas? —preguntó Solange—. No hace daño. Hasta los médicos están de acuerdo sobre eso.

—Me tomarás por tonto, pero esas cosas yo no fumo. Bastante tengo con el tabaco.

Nadine, que no tenía trazas de vestirse, se acercó otra vez al tocadiscos y puso una danza rusa.

—Doctor Huamán.

El doctor notó que por primera vez Paradis le dirigía directamente la palabra.

—Jimmi fue bailarín, acróbata y contorsionista antes de dedicarse a la pintura. ¿No es verdad, Jimmi?

Jimmi fumaba y reía, volvía a fumar y a reír mientras la Medusa lo besaba en los bigotes y lo enlazaba de la cintura.

—Vamos, Jimmi, anímate.

Jimmi sorbió su pitillo hasta consumirlo, lo apagó, se puso de pie y al poco rato estaba parado sobre las manos y luego de un salto mortal caía sobre sus talones. Repitió el volantín y quedó agachado, con los brazos cruzados sobre el pecho, bailando a lo cosaco la Danza de las Espadas, mientras Jean-Luc y la niña

parodiaban la misma danza, pero en un rincón de la pieza y diríase en otro espacio, como una cita angular en el cuadro de un pintor renacentista.

El ballet de Jimmi estaba también unido al desnudamiento, pues su camisa voló dejando al descubierto pectorales velludos y un poco tetones y entre un pararse de cabeza para saltar y caer de pie su pantalón estaba arrugado y desinflado sobre la alfombra. Finalmente su calzoncillo blanco aleteó como una paloma guerrera dejando al vivo un sexo corto, grueso, venoso, encorvado y cabezudo. Lucienne, Nadine y la Medusa aplaudían mientras Jimmi, impelido por el ritmo, se acercó a la pared para descolgar una cimitarra que hasta entonces había permanecido invisible.

La danza adquirió un giro imprevisiblemente frenético. Jimmi trepidaba con el arma en la mano, describiendo círculos cada vez más rápidos, interrumpidos por bruscas frenadas para cambiar de sentido, estirando cada vez más el brazo armado, cortando el aire con la hoja afilada. El doctor Huamán creyó notar que, a pesar del carácter inspirado y concentrado de su danza, Jimmi tenía para él una mirada especialmente vigilante. En un segundo lo vio dar un salto acrobático y la cimitarra pasó y repasó silbando sobre su cabeza. Al fin, acompañado por un estridente acorde de metales, Jimmi se desplomó lanzando su arma debajo del sofá-cama.

—¡Notable! —dijo Petrus Borel.

Todos estaban callados y miraban al doctor Huamán, esperando al parecer su opinión.

—Notable —repitió el doctor, secándose la frente con su pañuelo.

Jimmi se levantó y en lugar de quedar desnudo como Nadine se puso su calzoncillo y sus pantalones. Alguien había hecho girar otra vez el tocadiscos, los vasos cortos se habían llenado del trago añejo y respetando las órdenes de algún diligente maestro de ceremonias se encontraron todos esta vez bailando al son de la Sonora Matancera. El doctor tenía delante a la Medusa, Solange bailaba con Paradis, Petrus Borel con Lucienne, Jimmi con la niña etérea y Jean-Luc con Nadine.

—Esto es vida —dijo el doctor al girar cerca de Solange—. Nunca me había divertido tanto.

—Pues ya sabe —dijo la Medusa—. Petrus y yo adoramos divertirnos. ¿Qué otra cosa se puede hacer si uno no está seguro ni del día en que vive? Ya conoce la dirección de la casa, doctor.

Las parejas se intercambiaron al son de un cha cha cha y pronto el doctor se encontró bailando con la ninfa y luego, por una aberración del circuito, con Jimmi que reía agitando sus pectorales fofos. Hasta Paradis, impenetrable tras sus anteojos negros, pasó como una sombra delante de él, moviéndose con sobriedad

sobre su pierna anormal y al fin estaban formando una ronda, en el centro de la cual Nadine trataba de entrar en trance, batiendo las manos en alto, sacudiendo sus trenzas, haciendo temblar sus senos, meneando sus caderas, avanzando su vellocino. El doctor notó por primera vez que la pequeñeja tenía una cicatriz debajo del ombligo, que en la palidez de Paradis había algo de implacable y que leve, pero muy levemente, amanecía en el balcón.

Se sentaron en cojines, sofás y sillones, cansados, transpirando, viendo bailar aún a Jean-Luc y la etérea, bebiendo una segunda botella panzuda que Borel ofrecía. El doctor tenía a Solange recostada sobre sus muslos. Insensiblemente la pieza se fue despoblando. Todos, con excepción de Paradis y la Medusa, que conversaban en el pasillo, habían desaparecido.

Solange se arrellanó entre las piernas del doctor, ronroneó, guiñó los ojos, se convirtió en una palomita golosa, otoñal.

—¿Y qué? ¿Nada?

—¿Dónde están los otros?

—¿Dónde va a ser? En los cuartos.

—Pero ¿hay sitio?

—Hay cuatro dormitorios.

—Espera. Voy al baño.

El doctor se puso de pie y tomó el pasillo. Tuvo que apoyarse en una y otra pared porque se tambaleaba. Sobre el pasillo daban las cuatro puertas de los dormitorios y al fondo la del baño. Después de orinar se remojó bien la cara y emprendió el retorno. La primera puerta estaba entreabierta y había luz adentro. Presa de una curiosidad súbita, indecente, avanzó la cabeza. En lugar del cuadro obscuro que esperaba, vio a Jimmi bostezando sentado en una silla y a Lucienne que, de espaldas, miraba por la ventana. La segunda habitación estaba cerrada, pero iluminada por dentro. El doctor aplicó el ojo a la cerradura y espío. Petrus Borel ponía en orden unos papeles y Nadine, completamente vestida, se limaba las uñas. Solo el cuarto que presumiblemente ocupaba Jean-Luc y la niña estaba oscuro.

—Creo que mejor vamos a casa —dijo entrando a la sala.

Solange se sobresaltó.

—¿No quieres quedarte?

—No.

Paradis, a pesar de seguir conversando con la Medusa, los observaba.

—El doctor ya quiere irse —dijo Solange.

—Bien, pero antes tomaremos un café —respondió la Medusa dirigiéndose a la cocina.

Paradis vaciló un momento y se acercó al sofá para invitarles cigarrillos.

—Borel es formidable. La Medusa ya lo convenció para que me compre un cuadro. Él colecciona cuadros y antigüedades. Colecciona todo, en realidad. Aquí no hay nada, naturalmente. Lo tiene en la *cave*. Pero él sabe lo que compra.

Como el doctor no respondió —encontraba precipitadas, incongruentes las palabras de Paradis— su interlocutor se dirigió al pasillo.

—Voy a ver si estas parejas ya terminaron con su *cochonneries*.

—¿Por qué no quieres ir al cuarto?

—Porque no. Hay algo en todo esto que no me convence.

Solange, que estaba reclinada sobre un cojín, se enderezó bruscamente y quedó mirando la alfombra, mordisqueándose una uña. En el tocadiscos sonaba hacía rato, muy débil y lenta, una bosanova. Por el balcón se escapaba la noche, se escapaba la fiesta, dejando una resaca de vasos en el suelo, de ceniceros repletos de colillas, de botellas terribles, vacías.

—Tal vez tengas razón.

El doctor quiso interrogarla, pero ya Paradis aparecía con Petrus, discutiendo.

—Es la hija del profesor Dumesnil.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Nos puede meter en un lío. Culpa de Jean-Luc.

—¿Qué pasa? —Preguntó Solange.

—Nada. Que esta chica es menor de edad. Y esta vez va a llegar a su casa al amanecer, peor aún, en pleno día. Su papá es un profesor de la Sorbona, un viejo mandarín que tiene que ver algo además con la crítica de arte. Lo peor es echarse encima a gente así. Aunque tal vez... ¿qué piensa usted, doctor? Tal vez usted, como extranjero y una persona importante, quiero decir, una persona respetable, pueda dar fe, pueda atestiguar...

—No entiendo.

—Muy claro —dijo Petrus Borel—. Esta chica ha pasado la noche fuera de su casa. ¿Dónde ha estado? Su papá puede pensar lo peor. Si usted escribiera una nota diciendo que certifica que vino a una fiesta dada en su honor, que perdió el último metro, en fin, que todo se desarrolló correctamente...

—Por supuesto —intervino Solange—. El doctor es una garantía. ¿Qué dices?

—Lo que quieras. Me da igual.

Paradis fue a traer papel y lapicero, cuando la Medusa aparecía con el café en un azafate.

—¿Y qué puedo escribir?

—Paradis se encarga —respondió Solange.

—Mira tú. Yo firmo.

Paradis escribía apoyando el papel sobre una revista, mientras Solange iba leyendo en alta voz. Cuando terminó le pasó el papel al doctor.

—Que me den un lapicero.

El doctor releyó la nota, corroborando lo que había leído Solange y firmó.

—Listo.

Nadine apareció vestida, luego Jimmi y Jean-Luc. Todos se sirvieron café en un ambiente mustio, amodorrado. La Medusa iba llevando a la cocina ceniceros y vasos sucios.

—¿Nos vamos? —preguntó el doctor a Solange.

—Yo me quedo.

El doctor, que se había dado ya impulso para levantarse, volvió a caer en el sofá.

—Estoy muy cansada. Si salgo ahora a la calle se me va a ir el sueño.

—Allá estarás más tranquila. Yo esperaba...

—A mediodía te voy a buscar. Te lo prometo.

El doctor se puso de pie, besó la mano de la Medusa, agradeció a Petrus y despidiéndose de todos salió a la calle. Caminó por el lindero del bosque de Vincennes, inspirando profundamente el aliento del follaje, expulsando los vapores de su borrachera. Transeúntes mañaneros se dirigían veloces hacia los paraderos de autobús y bocas de metro. Al comprender que se estaba extraviando detuvo un taxi y le dio la dirección de Notre Dame. A esa hora las torres truncas tenían otro brillo, otro volumen y otro esplendor. Quedó admirándolas, sabiendo que nunca más las vería, que jamás regresaría a París. En la terraza de un bar algunas personas desayunaban. El doctor tomó asiento ante una mesa, pidió un café con leche y al tomar el primer sorbo se dio cuenta de todo; habían querido tener su firma, su firma para imitarla y cobrar los travellers robados.

Como ya era hora de oficinas tomó otro taxi y se dirigió al American Express. Allí explicó que había perdido su talonario con travellers, hizo que lo anularan y obtuvo la promesa de que en la oficina de Ginebra le extenderían uno nuevo. Regresó a la rue De la Harpe, se acostó y, contra todas sus previsiones, se quedó inmediatamente dormido.

Solange fue puntual y a las doce del día estaba tocando la puerta. El doctor le abrió y sin decirle palabra volvió a meterse en la cama. Miraba impasible el cielo raso.

—¿Pudiste dormir bien?

—Como un tronco. Pero antes fui al American Express para anular los travellers que me robaron.

Solange cogió un cigarrillo de la mesa de noche.

—Me parece una buena idea.

—Por supuesto. Uno nunca sabe. Mejor es ser precavido.

Solange se dirigió fumando a la ventana y quedó con la cara pegada al vidrio.

—Me quiero ir de París. —dijo.

El doctor miraba una manchita del techo.

—Es lo que pensaba decirte. Si te quedas acá no sé dónde vas a ir a parar.

—No aguanto más esta ciudad, esta vida. Estoy harta, harta, te lo juro. Quisiera irme donde no me encuentre nadie.

—¿Y si te vienes conmigo?

Solange se volvió para mirar al doctor, que seguía contemplando el cielo raso, sonriente. Quedó pendiente de esa sonrisa, esperando verla abrirse, desplegarse, pero solo vio cómo iba siendo comida por su propia boca, hasta no quedar de ella nada, ni el recuerdo.

—Pero es imposible —prosiguió el doctor—. Si no estuviera casado, en fin. Además tengo que ir al congreso, me esperan allá. Y luego...

—Entiendo perfectamente. Además ya me las arreglaré. Uno termina siempre por arreglar solo su vida. ¿Siempre viajas mañana?

El doctor asintió.

—Entonces debemos pasar este día juntos, tu último día en París. Podemos ir a un teatro, a un cine. Lo que quieras. ¿Te levantas? Voy a comprar una guía de espectáculos.

—Eso es hablar. Acércate.

Solange se aproximó a la cama, pero al adivinar las intenciones del doctor, cambió de rumbo hacia la puerta.

—Ahora no. Esta noche.

Cuando regresó con la Semana de París, el doctor terminaba de afeitarse.

—Se me ha ocurrido una idea mejor —dijo Solange—. Debíamos ir esta tarde de pic-nic al campo. El tiempo está formidable. De regreso vamos al cine y después preparamos aquí una cena, la cena de despedida. Como el otro día, ¿te acuerdas? Pero con champán.

—¿Ir adónde?

—A Fontainebleau, a Saint Cloud, a la Chevreuse. ¿Qué prefieres? Todos esos lugares son una maravilla.

—¿Has traído tu carro?

—Está abajo.

—De acuerdo. Pero eso sí, regresemos temprano. ¡Una cena con champán! Y ostras, también.

—Apúrate. Tenemos que ir a comprar las provisiones.

Solange cogió una redecilla, bajaron rápidamente las escaleras y del brazo fueron a hacer las compras en los comercios de la rue De la Harpe. Provistos de pan, queso, jamón, vino y frutas subieron al auto y pusieron rumbo a la puerta de Orleans.

La tarde, en realidad, estaba espléndida. El doctor no se cansaba de observar los prados, inclinados u ondulantes, que se desplegaban a ambos lados de la autopista del sur. Lo único que le disgustaba eran esas aglomeraciones de casas espantosas, enanas, que surgían bruscamente en el campo o esas moles de edificios grises, uniformes donde, sin embargo, vivía gente con tanta ilusión que se atrevía a cultivar flores en sus ventanas. París era eso en verdad: una sucesión de fachadas sucias, monótonas, que solo pueden albergar la polilla, la mezquindad y la muerte, pero en las cuales de pronto se abren unas persianas y aparecen sonrientes, felices, dos amantes abrazados.

Solange conducía esta vez rápido, pero tensa. El doctor notó en su perfil una curvatura extraña, dolorosa. Había encendido ya dos cigarrillos, que arrojó por la ventanilla apenas comenzados.

—¿Te pasa algo?

La vio ahora sonreír.

—Creí que era el motor. ¿No sentiste un ruido raro? Pero era una falsa alarma, como verás.

Cuando se desviaron hacia Fontainebleau la arboleda se espesó. El follaje estaba encarnado, bronceado, rígido en la tarde sin viento.

—¡Terrible es el otoño! —exclamó el doctor—. Nunca he visto árboles así. Para decirlo en una palabra: impresionantes.

Solange, otra vez callada, había disminuido la velocidad y observaba con insistencia el lindero derecho del bosque.

—No me acuerdo bien dónde queda la entrada. Es un sendero de tierra, a unos dos kilómetros de un puesto de socorro. Otra cosa: nos olvidamos de traer un mantel. Qué tanto, creo que atrás hay unos periódicos.

Al fin el carro tomó un desvío y apenas empezó a recorrerlo el doctor tuvo la impresión que penetraba en un mundo irreal. Era un túnel dorado, oloroso, sinusoide, que se bifurcó a su vez para situarlos en una alameda umbría, que se iba ensanchando hasta desembocar en un claro enorme, circular, cercado de rocas grises, parduscas, detrás de las cuales proseguía el bosque.

—¡Maravilloso! —exclamó.

Solange atravesó el claro por el centro y detuvo el carro cerca de las rocas.

—Llegamos —dijo apagando el motor.

El doctor descendió de inmediato para inspeccionar el lugar, respirando el aire otoñal. En las rocas que bordeaban el claro había aberturas que conducían a otros claros más pequeños, distribuidos como las capillas flamboyantes en una iglesia gótica. En el césped se veían restos, pero veraniegos, lejanos, que la lluvia y la intemperie iban convirtiendo en humus.

Solange bajó a su vez con la red de provisiones y un periódico doblado.

—¿Dónde almorzamos?

Solange señaló al azar uno de los claros satélites.

—Allí, por ejemplo.

Desdoblado el periódico lo colocaron sobre el césped y encima pusieron las provisiones.

—Hay que ser idiota —dijo Solange—. No hemos traído tampoco cubiertos, ni siquiera un sacacorchos. Decididamente, esto del pic-nic no va con nosotros.

—Dame la botella. Verás cómo se hace en mi país.

Cogiendo la botella protegió su culo con su pañuelo doblado y la golpeó contra una roca plana hasta que el corchó saltó.

—Método primitivo, pero eficaz —dijo Solange.

—Habrás que tomar del pico —dijo el doctor dando el ejemplo.

Solange lo imitó, mientras el doctor se quitaba el saco para doblarlo cuidadosamente y sentarse sobre él con las piernas cruzadas. Con la mano partieron el pan y se prepararon sándwichs.

—Nunca olvidaré estos días en París —dijo el doctor—. Habrán pasado algunas cosas desagradables, pero el balance ha sido positivo. Yo ya estoy acostumbrado. No hay placer que no cueste, en alguna forma, su precio. Para mí, sobre todo, ha sido un baño de juventud. Te dije alguna vez que la juventud, para mí, estaba en la otra ribera. Esta vez he alcanzado esa orilla, milagrosamente. Días inolvidables, Solange.

Solange, sin responder, comía en silencio, mirando las letras del periódico que les servía de mantel.

—Este bosque, por ejemplo, mis paseos por el Sena, Notre Dame, el cuarto de la rue De la Harpe ¡tantas cosas! Todo eso lo recordaré. En toda vida hay así, algunos paréntesis, cortísimos a veces, pero que le dan su sentido a toda la frase. ¿Qué piensas tú?

Solange seguía con la mirada en el periódico.

—¿Triste?

—Es natural.

—¿Por qué me voy?

Solange sonrió.

—Quizás. ¿Te extraña? No sé, tengo algo así como escalofríos. Creo que terminado esto debemos irnos. Mira el cielo. Al norte hay nubes, se puede cubrir.

—Yo conozco de cielo, Solange. Te equivocas. Hay sol para toda la tarde.

—Haz como quieras. Pero eso sí, acuérdate. Te he dicho para irnos.

Desde donde estaban sentados veían el gran claro, las rocas que lo rodeaban y la alameda que conducía a él.

—¡Qué soledad! —dijo el doctor y después de comerse una manzana y beber los restos del vino reptó hacia Solange. Cogiéndola entre sus brazos la dobló sobre sus rodillas. Sus labios estaban allí, a su merced. Los atacó voraz, canallamente, solazándose, regustándose con su sabor, hasta que empezó a jadear, a sentir que era imposible postergar la meta que perseguía y que sus manos le indicaban palpando, torpemente, la pulpa del placer.

—Esta noche —dijo Solange rechazándolo—. Ya te lo he dicho.

—Nadie nos ve.

Es posible. Pero ahora no, por favor.

—Buenas tardes —dijo Petrus Borel volviendo a saludarlo—. Eh, Paradis, tú, no te olvides, la gasolina.

Jimmi se encaminó hacia el automóvil y abrió su maleta.

—Váyase —repitió Paradis— ¿No ha entendido?

El doctor se puso el saco y se encaminó por el centro del claro hacia Solange. Cuando había dado unos pasos volteó la cabeza en el momento en que Paradis extendía el brazo hacia él. Al ver en su mano un pequeño objeto oscuro, amenazador en esa tarde tan hermosa, arrancó a correr. El claro era plano y sus piernas lo llevaban sin reflexión hacia las rocas. Sonaron dos detonaciones al parecer lejanas, al punto que se preguntó si cazadores no se entretenían en un coto vecino. Pero la tercera lo enganchó de la espalda como un arpón, lo detuvo en su carrera y después de hacerlo trastabillar lo derrumbó de bruces en el pasto. Levantando con esfuerzo la cabeza trató de ubicar a Solange, de encontrar en su boca algún auxilio, pero no había nada que hacer, no la vería más, su cuello estaba torcido, solo vio a Paradis que se acercaba conversando con Jimmi, que balanceaba en su mano un recipiente de plástico. Aún se agitó tratando de ver algo más en la tarde que se iba y vio las hojas de los árboles que caían y esta vez sí ruiseñores y alondras que volaban.

París, 1969

(De *La juventud en la otra ribera*. Lima: Mosca Azul, 1973)

LUIS LOAYZA

Luis Loayza Elías nació en Lima en 1934. Inició sus estudios en la Facultad de Letras de la Universidad Católica en 1951. Obtuvo el bachillerato en Derecho con la tesis: *El interdicto de obra ruïnosa* en 1958.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

El avaro. Lima: Cuadernos de Composición, 1955.

El avaro y otros textos. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1974.

Una piel de serpiente. Novela. Lima: Populibros Peruanos S.A., 1964.

Otras tardes. Cuentos. Lima: Mosca Azul Editores, 1985.